

MANUEL VICENT

GARCIA LORCA



grandes
escritores
contemporáneos

epesa

MANUEL VICENT

GARCIA LORCA

EPESA

A mi hermano José María

*Mi poesía es un pasatiempo.
Mi vida es un pasatiempo.
Pero yo no soy un pasatiempo.*

GARCÍA LORCA

© by Manuel Vicent

Esta edición es propiedad
de EPESA. Ediciones y Publicaciones Españolas, S. A.

Oñate, 15 - Madrid - 20

Número de Registro: M. 8.686 - 1969

Depósito Legal: M. 20.885 - 1969

Impreso en España por AGISA.
Tomás Bretón, 51. Teléf. 228 67 28. Madrid-7.

EL SOL EN EL ALJIBE

Federico García Lorca es un mito; en principio hay que contar con ese aire irracional, que enturbia su figura. Federico García Lorca es también una estatua cubierta de laureles partidistas, rodeada por una zona sagrada en la que es de precepto quitarse los zapatos. Existe un placer en derribar estatuas: ese placer que ha formado escuelas de terrorismo y de literatura. Aunque a veces ocurre que una estatua, si no esconde al muerto, debe mantenerse en pie y con la obligación además de vigilar a ciertos perros. Como en este caso.

Todo está bien, pero lo que quiero decir es que un estudio sobre Lorca no tiene por qué ser forzosamente un cántico, ni su biografía una hagiografía, ni cualquier comentario una glosa apasionada. Evidentemente hay que cambiar de

actitud. O de tercio. Lo bueno sería ahora aparearle el tratamiento al poeta y acercarse a su ilustre calcañar sin más respeto que el necesario. Coger el estoque y andar directo a la cruz. A él le gustaba: eso que la gente del toro llama momento de la verdad, una expresión que tumba de espaldas y no sólo al toro.

Se trata de hallar una clave para componer el paisaje de García Lorca. Y de paso deshojar la brillante palabrería que envuelve al poeta, rescatarle de la flamenquería y del negocio político, de los desplantes literarios y también de sus guardianes. Ya se sabe que Lorca ha sido un poeta profusamente cantado, escandalosamente silenciado, precipitadamente encaramado a un codo más arriba de la gloria. Y aquí abajo, convertido en personaje bendito, en gitano, en poeta maldito, en permanente niño precoz, en revolucionario social, en señorito andaluz, en florido y estético intelectual, que holgazaneaba en la Residencia de Estudiantes bajo la barba laica de Giner de los Ríos. En todo eso y más. Su obra ha sido sometida ya por los entendidos a disecciones más o menos rigurosas seguidas de encasillamiento. Pero del otro lado del rigor, lo cierto es que Lorca ha venido a ser una piedra de toque o algo así como un pozo de vecindad del que cada quién ha sacado lo que de antemano llevaba en el cubo. Es lo que sucede cuando los deseos se convierten en criterios. Suele pasar con los poetas. Porque un poeta, incluso el más cerebral, se rige siem-

pre por intuiciones, por sensaciones y presentimientos que tocan las vísceras ciegas, ese paraje donde el hombre lo es todo a la vez: desde místico a jugador de Bolsa. Entrar en ese mundo armado con el bisturí de la lógica es una actitud perversa y confundidora por lo que tiene de sugestiva. La sugestión hace evidente cualquier absurdo. Y uno podría salir del brazo de un Felipe II liberal, de un Atila afeminado o de un Lenín reaccionario, si a estos señores se les hubiera ocurrido escribir versos. Sin embargo, esa multitud de criterios dispares sobre Lorca demuestra que lo que él escribió es lo menos importante que hizo como poeta. Lorca era ciertamente un trovador, esa es la estampa clásica: vitalmente derramado y literariamente manirroto. Por eso lo importante no es su obra, sino su biografía; es decir, no leer a Lorca, sino en todo caso haberle oído recitar o haber sido su amigo.

Una biografía, mientras no se demuestre lo contrario, es un núcleo psicológico que se desarrolla en el tiempo a través de un condicionamiento social. Lo primero está en manos de Freud; lo otro entra en el territorio de la dialéctica. En este punto psicológicamente hay que partir de un prejuicio: el permanente estado de niñez de Federico García Lorca. Es un atisbo que se desprende de su obra. Lo demás son treinta y ocho años de vida que se desarrollan entre Granada y Madrid. Una biografía es también una interpretación de la muerte. En este

caso tres tiros en la nuca constituyen un acto irreversible y es forzoso aludir a ello. La muerte de García Lorca es por paradoja lo más vivo que hoy se conserva de su figura. A mi juicio la razón es simple: porque la muerte no le acometió como un hecho sustancial. El romanticismo de Bécquer murió de tisis, el desgarró de Larra terminó con un tiro en la cabeza, el pesimismo de Ganivet zozobró en un río del Norte. Se trata de tres muertes naturales, que fueron previamente asimiladas por un estilo de vida. En cambio, la muerte de Lorca se nos presenta como un accidente (un fanático accidente, por supuesto), como un sangriento chafarrinón que no acaba de encajar en el cuadro, sencillamente porque nada hay en la vida de Lorca que hiciera presentir su trágico destino a pesar de que su obra está traspasada por un sentido agónico. Pero me parece que la agonía de Federico era esa cosa que nace del fondo de la dicha. Por eso su muerte opera como un zurriagazo moral que azota la conciencia.

Víznar está subido en las primeras estribaciones de Sierra Nevada. Es un pueblo blanco de cal, con paisaje terroso. Sus aledaños se retuercen en unas trochas de polvorientos olivares. Este pueblo, que sólo es sórdido por los malos recuerdos, se ha convertido en un final de romería para muchos escritores, periodistas y críticos de todo el mundo. También yo he acudido allí. Cierto que no para averiguar. Aquella mañana de verano una mula se espantaba los

tábanos coceando el empedrado de una callejuela y algún viejo se detenía al verme. Sólo eso. Allí los viejos, sobre todo ellos, saben cuál es el morbo que aqueja a los turistas. En un barranco está la calavera del poeta y sobre ella se extiende al fondo el paisaje que fue la síntesis de su vida. Granada, la vega del Genil, palpitante bajo la bruma que el sol extrae del agua, caliente y con olor a azufre de remolacha y penetrada de cosa irracional: las leyendas, los problemas sociales anárquicos, el cante por livianas, las procesiones del Corpus, las blasfemias de boyero, los ramalazos del sexo, las sonatillas infantiles. Si es cierto que un poeta sólo tiene biografía, Lorca nunca salió de la vega de su niñez. Toda su vida y su obra se han nutrido allí. Un revolucionario hubiera hecho revolución. Un poeta hizo poesía. Una estética alimentada por un sentimiento religioso, por una dicha infantil con dolor de morisco y por una contienda sexual, profundizada por lo que late en el interior de la vega: los ecos de la sinagoga y la salmodia árabe mezclada con la voz del chantre y la pulga cristiana. Nadie puede conocer a García Lorca si no conoce previamente Granada. Y no sólo por cuestiones de método. Granada es Federico García Lorca: ese misterio a plena luz, un aljibe lleno de sol espeso.

En una biografía el deber de originalidad corresponde al autor, no al actor, porque todo radica en un problema de perspectiva. Insertar al personaje en un contorno. Si se trata de Lor-

ca, es fácil que esta perspectiva se trueque en espiral literaria y que todo se reduzca a rellenar un esqueleto previsto entrando a saco en el mundo de las sensaciones del poeta. Esta biografía trata de escapar a ese riesgo, que es otra de las servidumbres del mito. Se trata de estudiar a Lorca sin dicotomía de su obra y de su muerte, como un todo: una manera de ser, de hacer, de reaccionar frente al medio social y de morirse.

IDUS DE JULIO

La muerte de Lorca, después de treinta y tres años, ha entrado ya en la literatura de pliego de cordel. Pero existen dos hechos ciertos: que Federico murió asesinado en la madrugada del 19 de agosto de 1936 contra la pared de un barranco en Víznar, y que Antonio Machado, el más grande de los poetas ibéricos, levantó la voz por él:

*Se le vio caminar solo con Ella,
sin miedo a su guadaña.*

*—Ya el sol en torre y torre; los martillos
en yunque— yunque y yunque de las fraguas.*

Hablaba Federico

requebrando a la muerte. Ella escuchaba.

*«Porque ayer en mi verso, compañera,
sonaba el golpe de tus secas palmas,
y diste el hielo a mi cantar, y el filo
a mi tragedia de tu hoz de plata,*

*te cantaré la carne que no tienes,
los ojos que te faltan,
tus cabellos que el viento sacudía
los rojos labios donde te besaban...
Hoy como ayer, gitana, muerte mía,
qué bien contigo a solas,
por los aires de Granada, ¡mi Granada!
Se le vio caminar...*

*Labrad, amigos,
de piedra y sueño, en el Alhambra,
un túmulo al poeta,
sobre una fuente donde llora el agua,
y eternamente diga:
el crimen fue en Granada, ¡en su Granada!*

Tal vez sería mejor quedarse en este clima poético en tanto no se aclaren definitivamente los detalles de la muerte de Lorca. Mientras los que pueden hablar, callen. Pero la verdad es que la muerte del poeta no constituye en sustancia ningún enigma. La oscuridad sólo se cierne en las trágicas anécdotas que la rodearon. Lo demás son algunos datos verídicos, muchas conjeturas y no menos contradicciones entre los husmeadores.

Desde Madrid Federico partió para Granada al anochecer del día 16 de julio. Antes se había despedido de su maestro de Fuente Vaqueros. El amigo Martínez Nadal lo acompañó a la estación. Iban hablando de los últimos acontecimientos políticos, de los presagios que se abatían sobre el país. El poeta con un pie en el estribo del tren en marcha cerró definitivamente

su estancia en Madrid: «Sea lo que Dios quiera.» Los padres de Federico desde 1932 habitaban un pequeño piso de la calle Alcalá. Todos los años con la llegada del verano se regresaban de vacaciones a la vega. Esta vez habían precedido a su hijo, que se había retrasado en Madrid por el asunto de un futuro estreno de una obra. Federico llegó a Granada en la mañana del 17 de julio y se reunió con su familia en la Huerta de San Vicente, haciendo preparativos para publicar su último libro de poemas *Diván de Tamarit*.

El 18 de julio se produjo el Alzamiento. El cuñado de Federico, marido de su hermana Concha, era el alcalde socialista de Granada. Las callejuelas que rodean el Gobierno Civil estaban concurridas de gente de los sindicatos, reclamando armas. El día 19 llegó la noticia de que Sevilla había sido conquistada por los nacionales. Granada estaba convulsionada de patrullas obreras con pistolas, que controlaban las esquinas estratégicas de la ciudad. Pero al día siguiente, a la hora de la siesta, mientras los granadinos dormitaban bajo los toldos de los cafés o en la penumbra de las alcobas, un grupo de falangistas y de militares en un golpe de audacia se hizo con las calles desiertas. Los republicanos se retiraron al Albaicín, allí resistieron algunas jornadas sangrientas. Granada estaba ya bajo el control del ejército y de la falange.

Una semana después, Federico, en su encierro

de la Huerta de San Vicente, recibió una carta sin firma, en la que su anónimo enemigo le calificaba de «bicho asqueroso y peligroso» y le acusaba de inmoralidad, de irreligión y demagogia. Sin duda debió de ser una sorpresa tremenda (su adjetivo favorito) para el poeta. Lo más probable es que la relejera muchas veces; que, muerto de miedo, hiciera examen sobre el capítulo de sus maldades. Lo de «irreligioso» bien podía ser por su «Oda al Santísimo Sacramento», donde él había expresado un fervor más surrealista que eucarístico; lo de «peligroso» no encontraría forma de hacérselo encajar, porque el poeta se sentía interiormente una criatura desvalida; lo de «inmoralidad» era sin duda por el escándalo de haberse paseado por aquella Granada cerril con un pantalón negro y una camisa de seda blanca con un clavel rojo bordado, del tamaño de un puño; lo de «demagogia» obedecía probablemente a sus últimas declaraciones a Bagaria: el artista debe llorar y reír con el pueblo, la repulsa del hombre que se sacrifica por una idea nacionalista abstracta...

Federico reaccionó a su manera. Se inundó de melancolía, se sentó en su alcoba, pasando las horas ensimismado frente a la ventana, ante las crestas de aquella Granada que se consumía de odio. Desde allí una tarde sorprendió a dos hombres, que merodeaban la casa. Dos días después esos dos hombres golpearon la cancela. Venían a detener al hermano del jardinero, un

mozo anarquista que había incendiado la iglesia de Asquerosa. Registraron la finca y el poeta trató de identificarse. Ellos le cortaron: ¡Sabemos muy bien quién eres: Federico García Lorca!

A pesar de la intervención y ayuda de algunos amigos, Federico fue detenido pocos días después y, al cabo de veinticuatro horas, ejecutado.

Este es el hecho escueto, simple como un tiro o, si se quiere, como una hoz. Los adornos entran ya en el campo del negocio político. Dicen que alguien vio al poeta esa noche en el Gobierno Civil, con un pijama blanco, derrumbado y sudando a chorros; otro, que le pudo atisbar en un coche saliendo de una comisaría; un jornalero de su padre cuenta que se lo encontró llorando, hecho un guiñapo, en un rincón de la Colonia, en Víznar. En la escena sangrienta hay un cura que se mueve en su ayuda. Se ve a Manuel de Falla sentado en un banco del pasillo en el Gobierno Civil, esperando a que dos jóvenes falangistas se abran paso en la confusión de las salas para preguntar por su amigo. Todo eso envuelto en un ambiente frenético de trincheras por los alrededores de la ciudad, de pasiones desatadas y de mucha cacería privada.

Federico García Lorca era un joven brillante y apasionado, que estaba gozando la plenitud de su gloria literaria. Un mozo con muchos medallones de marfil, que envidiar. Pero la tragedia de su muerte es la historia de un elemento, que sale del coro y se erige en protagonista.

La biografía de Lorca consiste en rescatarlo del texto y devolverle el pulso a la sien. Destrozar en la medida de lo posible la leyenda de un poeta encarnador de gitanos, verónicas, puñaladas, toreros, y España negra: ese Lorca sabido de oídas.

Lorca es múltiple.

Lorca del *Diván de Tamarit*, el del amor oscuro en un tríptico de pasión, sexo y muerte.

Pero su biografía consiste en hacerlo sentir vivo, dibujándolo con el trazo maestro de su vida, como niñez detenida. Un punto intermedio en todo, entre la tradición y la renovación, entre lo europeo y lo castizo, entre el rigor y el brillo literario, entre la realidad y el sonambulismo, el color localista y lo universal, el conservadurismo y el no conformismo, entre las retozonerías y la tragedia. Hoy su último sincretismo, por encima de los bandos políticos, podría ser su obra más perfecta: eso que se llama reconciliación.